



## LOS DOS NIÑOS

(DE GIOVANNI PASCOLI)

### I

De tarde. La pareja bulliciosa  
de niños retozaba alegremente  
en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente  
lanzáronse, con pasmo de los tilos,  
insólitas palabras, a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos  
parpadeos de cólera inflamada,  
por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada  
garganta, y por sus pálidas mejillas  
la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas,  
buena madre, y con voz dominadora,  
separas las airadas fierecillas  
y les ordenas: «¡Hacia el lecho, ahora!»

## II

Las sombras lo circuyen. Procesiones  
de fantasmas, el labio sigiloso,  
parecían surgir de los rincones.

Y fué de oírse el lánguido sollozo  
crecer bajo el imperio de algo oscuro  
que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro  
movimiento, y entrambos corazones  
se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobremanto de vellones,  
la madre—tras la palma sonrosada,  
la luz—a remirar a sus leones.

Contéplalos absorta: en apretada  
red de abrazos, se estrechan dulcemente.  
Duermen ambos, el ala replegada.  
Y ella los besa con amor riente.

## III

¡Hombres! en vuestras iras de felinos  
pensad en el misterio pavoroso  
que amaga vuestros míseros destinos;

pensad en el silencio tenebroso  
que sobrevive al grito delirante,  
y, de la guerra, al ímpetu furioso.

¡Hombres, paz! En la tierra vacilante  
enorme es el misterio, y sólo atina  
el que brinda su amor al semejante.

¡Paz, hermanos! La mano que se inclina  
tarde o temprano a acariciar, desame  
el gesto airado, la pasión dañina,

a fin de que la calma se derrame  
por nuestra faz, cuando sin ser oída,  
se acerque, sin que nadie nos la llame,  
¡la Muerte con su lámpara encendida!

## APARICIÓN

(DE STÉPHANE MALLARMÉ)

La luna se velaba. Serafines llorosos  
con el arco en los dedos, adolorida el alma,  
pensaban en la calma  
de las dormidas flores de tallos vaporosos,

y heridas por sus manos, las moribundas violas  
rompían en sollozos de un albor invisible,  
que rozaban, rozaban  
el azul apacible de las tibias corolas:

¡Era el día bendito de tu beso primero!

La febril fantasía que las almas consume,  
por herirme, a sabiendas se embriagó del perfume  
de tristeza que lanza  
la cosecha de un sueño, sobre el sér que lo alcanza.

Mientras miraba el suelo con mirar abstraído.  
en la calma, en la tarde, te me has aparecido  
como un hada riñente,  
como el hada risueña de mis tiempos mejores,  
como el hada riñente que—de blancos fulgores

coronada la frente—  
pasaba ante mis ojos,  
pasaba ante mis ojos turbados dulcemente  
dejando que sus manos regasen, mal cerradas,  
¡nevados ramilletes de estrellas perfumadas!

## JUSTICIA

(DE AUGUSTO DE ARMAS)

- ¡Te adoro! —¿Tú quién eres? —¿Yo? la figura inquieta  
que carga un Infinito, que mide un Universo.  
—Descúbreme tu nombre. —Me llaman el Poeta.  
—¿Cuál es tu Dios? —El Arte. —¿Y tu destino?  
—El Verso.  
—¿Tendrás ropajes de oro, de púrpura, de raso?  
—Me visto de jazmines y lumbre y armonía.  
—Caballos tienes? —Suelo vagar sobre Pegaso.  
—¿Y tu mansión? —Muy alta: ¡donde florece el día!  
—¿Tu madre, tus mayores? Contéstame sincero:  
¿tuviste noble cuna de vaporoso tul?  
—¡Sí! nuestra raza es vieja: por padre tuvo a Homero  
¡y por blasón un cisne que voga en el Azul!  
—¿Tendrás, a fuer de hidalgo, riquezas a millares?  
—¡Sí! tengo indeficiente, magnífico tesoro:  
las arcas del banquero y el cofre de los Czares  
no vieron más cintillos, más gemas ni más oro:

Tengo ríos de ópalo y selvas de granate,  
y mares de esmeralda y abismos de zafir,  
del Rímac todo el oro, y el ámbar de Maskate,  
¡las minas de Golconda, los nácares de Ofir!

- ¡No mientas! —¡Niña mía, no es un falaz  
ensueño!  
—¿Do guardas esos dones, dignos de nueva Assur?  
—Lejos de aquí, muy lejos, en el jardín del sueño,  
muy lejos de tus ojos, ¡en el sereno Azur!  
—Confórmate queriéndome con loco desvarío.  
—De tu beldad yo solo sabré medir el precio:  
Aguárdate; por siempre te adoré, bien mío,  
si el corazón me entregas. — ¡Recibe mi desprecio!

no había ya más bronce  
que el de aquella escultura.

Arrancóla el Artista del sarcófago, y luego,  
sobre la enorme boca de un horno incandescente  
vióla fundirse, al ósculo devorador del fuego.  
Y con el bronce mudo  
del DOLOR QUE PERDURA ETERNAMENTE  
modeló de otra estatua la figura:  
La estatua del PLACER QUE SÓLO DURA  
UN INSTANTE.

## EL ARTISTA

(DE OSCAR WILDE)

Ardió su alma, una noche, el deseo vehemente  
de perpetuar tu imagen, PLACER QUE SOLAMENTE  
POR UN INSTANTE DURAS—y fuése por el Mundo  
a conseguir el bronce para sus esculturas.  
Y era el bronce la única obsesión de su mente.  
Mas en el Mundo había desaparecido el bronce:  
en la extensión del Mundo se erguía únicamente  
el bronce de una estatua:  
la del DOLOR QUE DURA ETERNAMENTE.

Esa estatua, obra suya, púsola con sus manos,  
en días ya lejanos,  
en la tumba del único sér que adoró en la vida....  
En la tumba desierta de la muerta criatura  
que amara con pasión enloquecida  
levantó la figura dolorida  
como alma de su alma, como eterna señal  
del Amor de los Hombres que perdura,  
y como vivo símbolo  
del Dolor de los Hombres que para siempre dura.  
Y en la extensión del Mundo

## LA BALADA DE LA VIDA EXTERIOR

(DE HUGO VON HOFMANNSTHAL)

Y crecen los niños con ojos profundos que no saben nada,  
y crecen y mueren, y todos los hombres imitan su marcha.

Y crecen los árboles,  
y las frutas ásperas  
en dulces devienen, y las frutas dulces  
—como ruedan los pájaros muertos—  
se caen de noche, de las quietas ramas,  
yacen pocos días  
o se pudren luego sobre la hojarasca.

Y soplan y soplan y soplan las ráfagas,  
y siempre de nuevo nosotros oímos  
palabras,

palabras que hablamos,  
y siempre, de nuevo, sentimos  
el placer y el cansancio que sienten  
los miembros en todas las razas.

Y corren caminos por entre la yerba,  
y, desparramadas,

hay ciudades que prenden antorchas,  
y viven entre árboles,  
y tienen cisternas que nos amenazan,  
fatídicamente sin aguas:

¿Y por qué las hicieron? ¿Las unas  
a las otras ciudades igualan?  
¿son pocas? ¿son muchas? ¿su cifra es muy larga?  
¿y de dónde vienen los cambios que alternan  
la risa con lágrimas?  
y de dónde vienen  
las mejillas pálidas?  
y con todo é ello  
los hombres ¿qué ganan?  
estos juegos sublimes y eternos  
que somos nosotros, que son nuestras almas?  
¿seguimos siquiera  
la meta deseada?  
¿de qué pueden servirnos las cosas,  
las innúmeras cosas miradas? . . . .

. . . . Y, con todo, muchísimo dice  
el que dice: ¡la Tarde! palabra  
que destila sentido muy hondo  
y un raudal de tristeza que mana  
cual la miel que en suavísimos grumos,  
de los huecos panales resbala . . . .

## EL SEÑOR DE LA ISLA

(DE STEFAN GEORGE)

El señor de la Isla  
que hay en el Sud, nos dijo la leyenda  
que narraban sencillos pescadores,  
a la luz del hogar, bajo su tienda:

en la Isla dorada,  
donde perfuman como abiertos pomos  
ricas gomas y verdes cinamomos;  
en la Isla silente,  
donde, al canto de límpida corriente,  
brillan las gemas de color süave,  
hubo un extraño morador: ¡un ave!  
De pies en la ribera,  
su pico de marfil descogollaba  
la más alta palmera;  
cuando sus alas, rojas  
como sangriento caracol de Tyro,  
turbaban el murmullo de las hojas  
al revolar en el ambiente puro,

lentas, pesadas, flojas,  
asemejaban nubarrón obscuro.

De día siempre oculta  
bajo las ramas, al caer la tarde  
posábase del mar en las orillas,  
donde mezclaba el viento,  
del ave rara el flauteado acento  
y el olor de las algas amarillas.

Sacando la cabeza los delfines  
amadores del canto  
llegaban de los últimos confines  
en constelado coro,  
y al golpe musical de sus aletas  
cruzaban por el piélagos saetas,  
chispas doradas y plumajes de oro.

Así vivió los siglos. Indiscreto  
el ojo de la humana criatura  
no la midió, violando la espesura:  
el náufrago tan sólo,  
que de sus antros lóbregos Eolo  
arrojó sin piedad, tal vez la oyera  
cantando en la ribera  
al morir de una tarde silenciosa . . .

Cuando por vez primera  
llevó su leño un ágil navegante  
a la Isla distante,  
se puso el ave a contemplar a solas  
lo triste de la estela  
en las intactas olas  
donde flotaba la dormida vela,  
y subiéndose al ápice de un monte



vio por última vez el horizonte  
 de su playa querida,  
 de su Isla desierta,  
 y, las alas enormes desplegadas,  
 con grandes voces de dolor ahogadas  
 llenó la inmensidad, y cayó muerta....

## LAS GUACAMAYAS

(DE STEFAN GEORGE)

Mis guacamayas blancas tienen  
 penachos de color de azafrán,  
 y, entre su jaula, cabecean  
 en tenues aros de metal.

Sin cantos ni gritos se duermen  
 y las alas no abren jamás:  
 mis guacamayas blancas sueñan  
 con sus dátiles y su palmar...

## ANIVERSARIO

(DE STEFAN GEORGE)

Hermana, toma el cántaro  
de tierra gris;  
no olvides la costumbre, y vente luego  
en pos de mí:  
Hoy ha siete veranos que lo vimos:  
recuerda... En tanto  
que El hablaba, nosotras en el pozo  
hundíamos risueñas nuestros cántaros!  
Después... un mismo día  
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,  
iremos a buscar en la llanura  
la fuente que sombrean  
dos álamos y un haya,  
para que allí  
llenemos en silencio nuestros cántaros  
de tierra gris...

## INTERPRETACIÓN

(DE PETER ALTEMBERG)

El joven estaba leyendo a la dama joven y pálida El Aniversario, de Stefan George.

«Lee usted de una manera, dijo ella. ¡Tal parece como si fuera el poeta! ¿En dónde está la belleza de esta poesía? Yo la siento solamente.... Si usted tuviera la bondad de contármela.»

El respondió: «Lo bello está en la sencillez de la tristeza. Los novios murieron, dice el poeta. Las novias dicen sencillamente: «El día del aniversario iremos a traer agua de la fuente, en el cántaro de tierra gris, en aquel sitio de la pradera en que se alzan dos álamos y un haya.» «Gracias,» dijo Paulina.

Y luego añadió: «¿En qué está la tristeza de esta poesía?»

«En nada. La tristeza es así. Sucesos de la vida diaria, pensamiento silencioso a la orilla de la fuente, en la pradera, donde hay dos álamos y una haya.»

Silencio....

Paulina se inclinó un poco hacia adelante, con las manos puestas sobre las rodillas, y dijo: «¡Tiene usted una manera de explicarlo! Da una con lo triste, lo palpa. ¡En verdad, usted es el poeta!»

«¡Ciertamente, yo soy el poeta!»

«¡Ah!... Y ¿qué es Stefan George?»

«El poeta.»

«¿Y yo?»

«El poeta. ¡Los tres juntos somos el poeta!»